

Problemas ontológicos y epistemológicos en la visión manipulabilista

Leonardo Ivarola (Universidad de Buenos Aires; CONICET)

ivarola@economicas.uba.ar

Fecha recibido: 1 de febrero de 2020

Fecha aceptado: 14 de agosto de 2020

Resumen

En el presente trabajo se examinarán dos problemáticas asociadas al uso del conocimiento invariante para alcanzar propósitos intervencionistas o de política. El primero de ellos es ontológico, y refiere a la dificultad de encontrar genuinos factores causales estables en economía. En este sentido, se mostrará que los fenómenos socioeconómicos no responden a una lógica de factores estables, sino a una lógica de “árboles de posibilidades”. El otro problema es de índole epistemológico, y refiere a que, incluso si se encuentran contribuciones sociales estables, nada garantiza que dicha estabilidad prevalezca en el futuro.

Palabras clave: invarianza; intervención; resultados de final abierto; mecanismos; cisne negro.

Ontological and Epistemological Problems in the Manipulability Approach

Abstract

In this paper, two problems associated with the use of invariant knowledge to achieve interventionist or policy purposes will be examined. The first of them is ontological, and refers to the difficulty of finding out genuine stable causal factors in economics. In this sense, it will be shown that socio-economic phenomena do not respond to a logic of stable causal factors, but to a logic of “possibility trees”. The other problem is epistemological and refers to the fact that, even if stable social contributions are found out, nothing guarantees that such stability prevails in future.

Keywords: invariance; intervention; open-ended results; mechanisms; black swan.

Introducción

De acuerdo con las corrientes manipulabilistas tradicionales, una correcta intervención debe estar basada en un conocimiento previo de factores causales estables o invariantes. Esta concepción es muy intuitiva, y es permanentemente aplicada en el ámbito de las ciencias naturales.

Sin embargo, para el caso de las ciencias sociales (y de la economía en particular), el uso de esta clase de conocimiento plantea algunos problemas filosóficos. En el presente trabajo se examinarán dos de ellos: uno ontológico y otro epistemológico.

El problema ontológico involucra la dificultad de descubrir factores causales estables en ciencias sociales. Esto se debe a que un elemento central en el nexo causal entre variables sociales son las acciones de las personas, las cuales no responden siempre de la misma manera. Como alternativa, se argumenta que los fenómenos sociales se adecúan mejor a la lógica de los árboles de posibilidades (Ivarola, 2017).

El problema epistemológico, por su parte, plantea que, incluso si se encuentran contribuciones estables, nada garantiza que dicha estabilidad prevalezca en el futuro. En este sentido, existen al menos tres posturas que tratan esta temática: (1) la crítica de Lucas (Lucas, 1976), (2) el problema de cómo “puentear” la captación de causas estables con su respectivo uso (Cartwright, 2007; Cartwright y Efstathiou, 2011), y (3) la teoría del *cisne negro* (Taleb, 2012). En cada una de ellas se propone una alternativa diferente: Cartwright plantea una investigación donde se preste mayor atención a los factores coadyuvantes; Taleb sugiere examinar las consecuencias futuras de una política (más que las probabilidades de éxito o fracaso); y Lucas propone minimizar las intervenciones. Estas posturas tienen, no obstante, importantes limitaciones, las cuales serán abordadas al final del artículo.

Invarianza

En la moderna filosofía de la ciencia, los enfoques “manipulabilistas” como los de Woodward (2003) o Cartwright (2007, 2012) defienden la idea de que para intervenir en el mundo real en general —y para política y planeamiento en particular— es necesaria la utilización de un conocimiento estable o invariante. Se cree que cuanto más estable o invariable sea este conocimiento, mayor confiabilidad tendremos en que se alcancen los resultados esperados.

Se han ofrecido distintas maneras de conceptualizar este tipo de conocimiento. Una de ellas es el enfoque de las “capacidades” (Cartwright, 1989). De acuerdo con la autora, las capacidades son propiedades de entidades y/o variables que contribuyen causalmente en la producción de un resultado.

El concepto de “capacidad” descansa en una distinción tripartita: (1) la existencia/obtención de una capacidad, (2) su ejercicio, y (3) sus resultados manifiestos. Tomemos como ejemplo el caso de la aspirina. La aspirina tiene la *capacidad* de aliviar el dolor de cabeza. Ahora bien, esta capacidad puede no *ejercitarse* nunca; es menester que sea ingerida por la persona que padece el dolor de cabeza. Finalmente, existe la posibilidad de que, ejercitándose dicha capacidad —esto es, poniéndose en funcionamiento dentro del organismo— los resultados no se *manifiesten*. Por ejemplo, si el dolor de cabeza es muy fuerte, es probable que una sola aspirina no lo alivie totalmente.

La distinción anterior permite comprender la lógica de la intervención bajo un conocimiento de *capacidades*. En primer lugar, es necesario conocer la contribución causal de una entidad. En segundo lugar, la propia intervención consiste en ponerla en funcionamiento, esto es, en *ejercitarla*. Para ello es necesario conocer las condiciones

que disparan el ejercicio de dicha capacidad. Finalmente, y a fin de obtener el resultado deseado, es importante que la contribución de la capacidad no sea contrarrestada con el ejercicio de otros factores causales.

Ahora bien, la tesis de Cartwright de las capacidades es principalmente ontológica, empero no ahonda demasiado en cómo el conocimiento obtenido puede ser de utilidad para alcanzar ciertos objetivos a través de intervenciones.¹ Quien sí parece focalizar más en este aspecto es Woodward (2003). De acuerdo con el autor, una correcta intervención debe estar basada en generalizaciones que describan patrones de dependencia contrafáctica. Esto significa que dicha regularidad debe describir cómo el sistema cuyo comportamiento se desea comprender cambiaría ante diferentes condiciones especificadas. Para que esto pueda darse, la generalización a la cual se hace referencia debe ser invariante bajo intervenciones en las variables independientes.

Sin embargo, en algunas ocasiones las generalizaciones invariantes pueden no constituir la herramienta más confiable para la implementación de políticas. La principal razón de porqué algunos hacedores de política pueden sentirse renuentes a la utilización de esta clase de conocimiento estriba en que las regularidades invariantes proporcionan información al nivel de los eventos, pero no acerca de las razones que las justifican ni de las condiciones que podrían “desestabilizarlas”. Esto se hace visible en la investigación científica. A menudo, la ciencia descubre patrones de conducta, pero no se contenta sólo con ello. También trata de buscar un argumento que lo justifique. Dicho argumento es precisamente el mecanismo que da cuenta de la correlación observada.

Los mecanismos poseen mayor profundidad explicativa que las regularidades invariantes. Estas últimas muestran de qué depende el fenómeno *explanandum* (o fenómeno a explicar), aunque no logran dar cuenta de la secuencia completa que va de un momento a otro. Los mecanismos, en cambio, apuntan a abrir la “caja negra” de las regularidades invariantes (véase Hedström y Swedberg, 1998b; Bunge, 2000). Sin embargo, de esto no se infiere que los mecanismos sean más útiles *per se* para propósitos de implementación de política. Los mecanismos son simplemente una manera alternativa de expresar una relación estable o invariante. La invarianza no es lo que cambia; lo que cambia es el grado de especificación del proceso descrito. No sólo se hace mención a patrones covariacionales que justifiquen contrafácticos intervencionistas, sino que también muestran toda la secuencia. Esta mayor información puede darle a quien desee hacer una intervención mayor confiabilidad a la hora de implementar una política, ya que se explicitan las etapas del proceso que pueden llegar a ser perturbadas por factores exógenos.

Ontología

Si nuestro propósito estriba en conocer aquellas condiciones que favorecen la implementación de políticas en el terreno de lo social, un primer paso consiste en examinar algunos aspectos ontológicos de los fenómenos sociales.

Una particularidad de dichos fenómenos es que su estructura básica responde a una lógica de los árboles de posibilidades (Ivarola, 2017). Más precisamente, al activarse

¹ Al menos no lo hace en el enfoque de “capacidades”. Ya veremos más adelante como la autora complementa esta postura ontológica.

un determinado factor causal, las expectativas formadas –y en consecuencia las acciones llevadas a cabo– pueden ser múltiples. Dependiendo de qué acciones se hayan tomado, distintos serán los resultados empíricos. Así, por ejemplo, sea X la variable independiente (o causa), Y la variable dependiente (o efecto), y A la acción o actividad de las personas. Por definición, la variable Y podrá tomar más de un valor (Y_1, Y_2, \dots, Y_n). Todo dependerá de las acciones A_1, A_2, \dots, A_n de las personas.

Ahora bien, esta visión pone en duda la posibilidad de dar cuenta de factores causales estables en el mundo real. En lo que respecta al enfoque de “capacidades”, cuando una entidad y/o variable tiene una capacidad, se está diciendo que existe una fuerza causal dirigida permanentemente a la producción de un efecto determinado, por más que a nivel empírico sus resultados no se manifiesten. Sin embargo, esto contrasta fuertemente con la idea de árboles de posibilidades, que presupone, entre otras cosas, que los fenómenos sociales dependen de las interpretaciones que los agentes hacen respecto de las señales del mundo y de un conjunto de condiciones contextuales. Por ejemplo, en economía, el “efecto Keynes” plantea una relación directa entre cantidad de dinero y producto nacional. Empero, como bien destaca Keynes, esta no es la única alternativa. Bien puede ocurrir que el dinero no sea destinado a la compra de activos financieros, sino a la de bienes y servicios. En tal caso, más que una caída en la tasa de interés, se observaría un aumento en el nivel general de precios. Asimismo, en un marco de alta incertidumbre, es probable que el exceso de dinero sea destinado al atesoramiento, generando un efecto nulo en la economía real.

Cada alternativa es en principio plausible. Su acontecimiento o no dependerá de cómo las personas formen sus expectativas en ese momento, del marco cultural, institucional, etc. De ser esto así, entonces las entidades y/o variables sociales no tendrían capacidades *per se*, sino un conjunto de *capacidades potenciales*. La activación de cualquiera de ellas dependerá de las decisiones que tomen los agentes en ese momento determinado, las cuales a su vez dependerán de las interpretaciones que hagan de las señales recibidas y de ciertos factores contextuales.

Con respecto a las regularidades invariantes, debemos reconocer que éstas son fácticamente plausibles: en la medida en que los individuos no cambien de manera sistemática sus decisiones, que haya poca volatilidad en la formación de expectativas, que los arreglos institucionales sean estables a través del tiempo, etc., es plausible que al nivel de los eventos se terminen observando regularidades invariantes. Sin embargo, cualquier cambio en las expectativas o en las condiciones macro-estructurales podrá dar fin a esa regularidad. Esto se debe a que la misma no es producto de una contribución estable que, *ceteris paribus*, genera siempre el mismo resultado.

Para el caso de los mecanismos, el análisis es similar. El pensamiento mecanicista presupone no sólo la invarianza, sino también la “automaticidad”, esto es, la posibilidad de que un proceso pueda ser llevado de principio a fin sin interrupciones, y sin la necesidad de intervenciones más allá de las asociadas a disparar el factor desencadenante del mecanismo. Ahora bien, es sencillo percatarse que los procesos sociales pueden ser interrumpidos (*v. gr.*, se detienen en alguna fase intermedia de la secuencia estimada), como así también pueden desviarse del objetivo (*v. gr.*, arriban a resultados diferentes de los predichos). El efecto Keynes comentado anteriormente ilustra con claridad esta falta de automaticidad en los procesos sociales. Es erróneo pensar que un cambio positivo en la cantidad real de dinero conducirá *de manera*

automática a un descenso en la tasa de interés, éste a un aumento en la inversión, y por consiguiente a un incremento en el nivel de empleo y de renta nacional. Por el contrario, de acuerdo con el marco contextual y con las interpretaciones y expectativas que formen las personas, distintos serán los caminos que pueda tomar esta clase de procesos.

Epistemología

A pesar de que los fenómenos sociales respondan a una lógica de árboles de posibilidades o resultados de final abierto, de esto no se sigue que no sea posible observar, de vez en cuando, algunas regularidades al nivel de los eventos. Si el precio de la carne aumenta un 500%, es cierto que las personas podrán seguir o no consumiéndola. Sin embargo, también es cierto que, cuanto mayor sea ese aumento, mayor va a ser la tendencia a la caída de su consumo. Cuando un perro corre palomas en una plaza, existe la posibilidad de que estas se queden quietas, que escapen o que decidan atacarlo. Empero, las palomas (casi) siempre salen volando. Lo anterior significa que, en varias situaciones, por más que sean varias las alternativas de decisión o cursos de acción, generalmente prevalece o “domina” alguna de ellas. Las razones pueden atribuirse a una estabilidad en el proceso de formación de expectativas, a factores del contexto que permanecen invariantes a través del tiempo, a propensiones psicológicas, etc.

En situaciones como estas, uno puede observar regularidades en un sistema social. Ahora bien, el problema en este caso no sería el acceso a un conocimiento invariante, sino *qué hacemos* con el mismo. En particular, hay tres tesis que resultan ser interesantes mencionar aquí, ya que abordan la problemática del uso del conocimiento invariante cuando se desean hacer proyecciones a futuro: (1) la crítica de Lucas (Lucas, 1976), (2) el problema de cómo “puentear” la captación de causas estables con su respectivo uso (Cartwright, 2007; Cartwright y Efstathiou, 2011), y (3) la teoría del *cisne negro* (Taleb, 2012).

La crítica de Lucas parte de la base que las conductas humanas dependen de las “reglas del juego” que existen en un sistema social (y económico en particular). Cualquier cambio en estas reglas llevará a los agentes a modificar sus conductas, adaptándose así al nuevo escenario.

En este marco, la hipótesis de expectativas racionales –hipótesis central en la crítica de Lucas– presupone que las predicciones hechas por los agentes acerca del valor futuro de ciertas variables económicas son correctas, o al menos no son intertemporalmente erróneas. Este modo de entender el proceso de formación de expectativas ha llevado a las corrientes más ortodoxas del pensamiento económico a creer que cualquier tipo de política económica es ineficaz, ya que todo intento de cambiar el orden de las cosas será anticipado por los agentes, neutralizando el resultado final.

La crítica de Lucas es un primer intento de mostrar cómo el conocimiento derivado de los datos puede ser de escasa utilidad para hacer proyecciones a futuro. Sin embargo, su análisis se restringe no sólo al campo de lo económico, sino también al de la formación de expectativas. Podría entenderse entonces como un caso particular de un análisis más general llevado a cabo por Cartwright (2007). Cartwright considera que, por más que no hallan complicaciones con el descubrimiento de factores causales estables,

los verdaderos problemas surgirán cuando se deseen *utilizar* dichas causas para diferentes propósitos (predecir, explicar, intervenir, etc.). En otras palabras, estaría faltando un “puente” que conecte el descubrimiento de factores causales con su respectivo uso. Sin este puente, no hay ninguna seguridad de que un determinado factor funcione en diferentes circunstancias.

En particular, Cartwright encuentra dos problemas relacionados con este “puente”: los *facilitadores inestables* y la *validez externa* (Cartwright, 2007; Cartwright y Efstathiou, 2011). El primero es atribuido a John Stuart Mill, y se refiere al hecho por el cual la contribución causal de un factor se ve perturbada por las condiciones de fondo en el cual dicho factor opera o puede llegar a operar. Cualquier efecto de una causa particular depende de un gran conjunto de otros factores causales que operan al mismo tiempo, factores que rara vez son difíciles de identificar.

También está el problema de los cambios en las *estructuras sustentadoras* que dan lugar a las regularidades o leyes causales. De acuerdo con esta noción, una regularidad invariante tiene lugar precisamente porque hay una estructura robusta que la sustenta. Sin embargo, la presencia de uno o varios factores puede alterar dicha estructura, anulando así la invarianza de la relación.

El segundo problema está asociado con la validez externa de los factores causales descubiertos. Se tiene validez externa cuando el resultado obtenido dentro un experimento se mantiene fuera de su respectivo dominio. No obstante, si bien existe la posibilidad de establecer resultados firmemente en una situación experimental particular, el método utilizado para tal caso no provee las bases para extender los resultados a un marco diferente de aquél en donde se hizo dicha prueba. Esta problemática puede ser ejemplificada con los “experimentos galileanos” (Cartwright, 2007; Cartwright y Efstathiou, 2011). El objetivo de este tipo de experimentos consiste en aislar un factor causal central de una miríada de factores perturbadores que lo rodean. No obstante, el descubrimiento de una causa estable en ausencia de factores perturbadores no nos asegura que ésta prevalezca una vez que dichos factores estén presentes.

Una última variante es la referente a la teoría del “cisne negro” (Taleb, 2012). Desde el punto de vista epistemológico, un cisne negro es una *rareza*, un evento que habita fuera del reino de las expectativas normales. Dado que es un suceso altamente improbable, es imposible de predecir. Asimismo, sus consecuencias son trascendentales, al punto de que cambian el rumbo de la historia. En la lógica del cisne negro prevalece la idea de prestar atención no al conocimiento derivado de los datos (esto es, a lo “normal” o invariante), sino al “anti-conocimiento”, a lo improbable, a lo extremo, ya que son precisamente estos hechos los que terminan dominando nuestro mundo.

La teoría del cisne negro es una crítica no sólo a aquella actitud del ser humano común y corriente que usa la inducción como modo de aprendizaje, sino también a aquellos académicos que construyen sus modelos sobre la base del enfoque gaussiano de probabilidad. En esta clase de enfoques lo extremo es considerado una absoluta rareza, y por tanto es desestimado como una alternativa posible. Para Taleb existe una tendencia de la mente humana a pensar y establecerse en el mundo a partir de lo ya sabido, de lo conocido. Ahora bien, el conocimiento del pasado no es problemático *per se*; lo problemático es lo que hacemos con ese conocimiento. Y por lo general lo que

hacemos es desestimar lo desconocido, aquello que *podría suceder*, por más que hasta ahora no haya sucedido nunca. Es este modo de actuar y de pensar lo que hace que las personas se expongan a “cisnes negros”.

¿Es posible la intervención sin invarianza?

De acuerdo con Cartwright (2007, 2012), los métodos utilizados para el descubrimiento de causas estables sólo proporcionan información respecto de algo que funcionó en *alguna parte*: aquella donde la prueba se llevó a cabo. Ahora bien, el verdadero interés que subyace a la implementación de una política está asociado con la relevancia del conocimiento causal para esta nueva política, y no para otras. Una mera extrapolación de políticas no está garantizada simplemente porque está basada en una inferencia inductiva (Cartwright, 2012). Para que dicha extrapolación sea viable, Cartwright y Hardie (2013) consideran que se necesita tener mucha más información; no sólo acerca de factores (principios) causales centrales –o “variable política”–, sino también acerca de los factores contextuales que la complementan –también llamados “factores coadyuvantes”–.

Ahora bien, a pesar de que la distinción entre factores causales centrales y factores coadyuvantes es interesante para un diseño más eficaz de políticas públicas, el enfoque defendido por Cartwright y Hardie sigue planteando la existencia de factores causales estables (en este caso, aquellos que los autores denominan “principio causal” o “variable política”). Esta perspectiva no es congruente con la lógica de los resultados de final abierto. El problema ontológico que se ha planteado en el presente trabajo estriba en que los factores causales son, en principio, “potenciales”. Es cierto que en algunas situaciones pueden prevalecer ciertos nodos del árbol de posibilidades, pero esto no es seguro. La activación de una causa puede disparar diferentes efectos. No hay una estabilidad *per se*, por lo que no parece razonable la pretensión de buscar esta clase de principios causales. Es entonces coherente pensar que una política que omita el hecho de que ciertas contribuciones sociales pueden, no sólo transmutar con el paso del tiempo, sino también llegar a desaparecer, termine fracasando en algún momento.

Consciente de estas limitaciones, Taleb se separa de la necesidad de encontrar un conocimiento invariante a la hora de hacer proyecciones a futuro. Para el autor, los cisnes negros son por definición impredecibles, por lo cual lo razonable es amoldarse a su existencia, más que tratar ingenuamente que preverlos. En la lógica del cisne negro prevalece la idea de incertidumbre. Por tanto, no tiene sentido asignar probabilidades a los eventos futuros. *No sabemos* qué va a ocurrir. Ahora bien, el hecho de desconocer algo no significa que las personas no puedan diseñar estrategias que les permitan hacer frente a condiciones inciertas. Esto es lo que propone exactamente Taleb: si las probabilidades de los eventos futuros son desconocidas, lo más razonable es apegarse a las *consecuencias* de los mismos.

Un ejemplo interesante es el caso de las inversiones en activos de riesgo “medio”. Puesto que las personas asumen de antemano que las chances de pérdidas importantes son muy bajas (dada su escasa frecuencia al nivel de los eventos), éstas terminan invirtiendo buena parte de su patrimonio en activos de riesgo medio. Ahora bien, como dice Taleb, en esta clase de activos no sólo las ganancias son pequeñas y conocidas, sino que la exposición a un posible cisne negro es muy grande: en caso de que se aventurase

una crisis financiera y/o económica, los inversionistas podrían llegar a perderlo todo (tal como sucedió en 2008). Ante esta situación, Taleb sugiere cambiar el tipo de “exposición” ante el cisne negro. En lugar de invertir una gran parte del patrimonio en activos de riesgo medio, lo recomendable es invertir una porción importante en activos de bajo riesgo (como por ejemplo los bonos del tesoro de un Estado sólido), y sólo una pequeña porción en activos de alto riesgo. En lo referente a estos últimos, las ganancias pueden ser altas, aunque también existe la chance de perderlo todo. Sin embargo, el inversor ya sabe de antemano cuánto es lo máximo que puede llegar a perder, por lo cual su inversión en esta clase de activos dependerá fuertemente de su grado de aversión al riesgo.

La propuesta de Taleb es muy interesante, ya que plantea una estrategia para tomar decisiones bajo incertidumbre. Sin embargo, el problema del cisne negro permanece, y dicha permanencia puede ser atribuida a dos factores fundamentales: las limitaciones del entendimiento humano, y nuestro inevitable desconocimiento respecto de ciertos eventos futuros. Para comenzar, Taleb diferencia entre dos mundos o clases de aleatoriedad: *mediocristán* y *extremistán*. En *mediocristán* las rarezas no son significativas, ya que no alteran sustantivamente el valor de la media. Sin embargo, en *extremistán*, una nueva observación sí cambia sustantivamente el valor de la media. Taleb considera que hay variables que pertenecen a *mediocristán* y otras que pertenecen a *extremistán*. Sin embargo, la creencia de que una variable pertenece a *mediocristán* emerge del conocimiento del pasado. Y Taleb es muy crítico de esta postura. Para él, el verificacionismo no es fuente de conocimiento, ya que una nueva observación puede refutar dicho conocimiento sin mayores inconvenientes. Así, es dudoso que se pueda establecer una clara demarcación entre *mediocristán* y *extremistán*.

Otro inconveniente –del cual Taleb parece estar más consciente– se asocia con la idea de que, a pesar de tener muy bien planeada la exposición a eventuales cisnes negros, estos pueden aparecer en lugares donde uno no los había previsto. La estrategia de haltera defendida por Taleb sugiere armar una cartera con un alto porcentaje (aproximadamente un 85-90% de activos sin riesgo) y el resto en activos con mucho riesgo. Esto es precisamente lo que hizo el fondo de inversión *long term capital management*: aproximadamente un 80% de su cartera eran bonos del G-7, mientras que un 20% se componían de acciones. Sin embargo, dicho fondo quebró en 1998 con el desplome de los bonos rusos (lo cual muestra que esta exposición al cisne negro no fue buena). En un contexto totalmente diferente, durante la segunda guerra mundial los japoneses habían construido búnkeres para protegerse de cualquier ataque invasor. Uno creería que un búnker es la mejor estrategia para hacer frente a cualquier cisne negro “bélico”. Esto no fue así. Los búnkeres no estaban preparados para resistir ataques lanzallamas, y fueron justamente estos los que se utilizaron para atacar a los búnkeres japoneses. La estrategia de convertir cisnes negros en “grises” es importante, ya que alerta a las personas sobre posibles escenarios futuros. Sin embargo, no se debería caer en una postura ingenua de que efectivamente el cisne se ha vuelto grisáceo. Las limitaciones del entendimiento humano para imaginarse determinados escenarios y el natural desconocimiento respecto de ciertos elementos del futuro hacen que el cisne siga siendo negro, por más que uno lo vea gris.

Los problemas que subyacen a los enfoques anteriores pueden ser un aliciente para abogar por la idea de *laissez faire* de Lucas. Para Lucas, las políticas económicas son

inefectivas porque no logran provocar cambios significativos en el producto. Salvo cambios que alteren permanentemente los precios relativos (como los cambios tecnológicos o en las preferencias de los consumidores) no hay modo de mover al mercado de donde éste quiere estar en el mediano plazo. Las fluctuaciones de corto plazo son producto de errores estadísticos que, en su mayoría, los agentes compensan entre sí. De ser cierto esto, entonces las autoridades gubernamentales no deberían perder el tiempo en intentar implementar políticas económicas (y sociales en general). Las únicas intervenciones deberían apuntar a establecer reglas del juego claras y a favor del mercado, tales como reducir las barreras al libre juego de oferta y demanda, garantizar los derechos a la propiedad privada, etc.

No obstante, Lucas está pensando en intervenciones basadas en algún tipo de conocimiento invariante (y más precisamente, de regularidades econométricas), pero no reconoce que muchas veces las intervenciones pueden apuntar intencionalmente a provocar un cambio en las expectativas y en las acciones de los agentes. Las políticas sociales pretenden transformar las cosas; están hechas para generar un cambio que implique mejoras respecto de la situación anterior. Si el nivel de inversión es bajo, las intervenciones estarán dirigidas a mejorar la confianza de los inversionistas. Si la propensión marginal a consumir es baja, las intervenciones apuntarán a estimularla (por ejemplo, bajando los impuestos).

En la perspectiva de Lucas, las intervenciones están dirigidas a cambiar el valor de una variable independiente X a fin de cambiar el valor de una variable dependiente Y . El conocimiento del pasado nos dice que existe una conexión invariante entre ambas variables. El problema radica en que esta conexión no es invariante bajo intervenciones, ya que es el propio cambio en las acciones de las personas (provocado a su vez por un cambio en la formación de expectativas) lo que genera un impedimento para intervenir de manera exitosa. Sin embargo, Lucas no está teniendo en cuenta que, en numerosas situaciones, lo que se pretende hacer al implementar una política, es cambiar el orden de la causalidad entre dos o más variables. No es que al cambiar las expectativas y las acciones por cambios en las reglas del juego las intervenciones se tornen infructuosas. Más bien, muchas veces las intervenciones pueden ser importantes para configurar el marco adecuado para que las acciones de las personas tiendan a lo previsto.

Consideraciones Finales

El conocimiento de factores causales invariantes resulta de sumo interés para las corrientes manipulabilistas, ya que éste aporta confiabilidad respecto de las políticas a implementar. En el presente trabajo se ha intentado problematizar este modo de pensamiento en el reino de lo social (y económico en particular). Específicamente, se han planteado dos clases de problemas filosóficos que emergen del uso de factores invariantes para propósitos intervencionistas: uno de tipo ontológico, y otro de tipo epistemológico. En cuanto a este último, se han examinado los enfoques de Cartwright, Taleb y Lucas. Cada uno de dichos enfoques plantea una hipótesis diferente. Empero, en el presente trabajo se ha mostrado que estos también tienen sus limitaciones. Como variante, se ha propuesto la idea de que las intervenciones pueden servir para alcanzar resultados, pero la relación no debería ser pensada como tener invarianza para

intervenir, sino justamente al revés: intervenir, a fin de lograr invarianza, entendida ésta como una suerte temporal de estabilidad sistémica.

Referencias Bibliográficas

- Bunge, M. (2000). *La relación entre la sociología y la filosofía*. EDAF.
- Cartwright, N. (1989). *Nature's Capacities and Their Measurement*. Oxford: Clarendon Press.
- Cartwright, N. (2007). *Hunting Causes and Using Them –Approaches in Philosophy and Economics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cartwright, N. (2012). “Presidential address: will this policy work for you?: predicting effectiveness better: how philosophy helps”. *Philosophy of Science*, Vol. 79, No. 5, pp. 973-989.
- Cartwright, N. y Efstathiou, S. (2011). “Hunting Causes and Using Them: Is There No Bridge from Here to There?”. *International Studies in the Philosophy of Science*, Vol. 25, No. 3, pp. 223-241.
- Cartwright, N. y Hardie, J. (2013). *Evidence-Based Policy. A Practical Guide to Doing It Better*. Oxford University Press.
- Hedström, P. Y Swedberg, R. (1998b). “Social mechanisms: an introductory essay”. En P. Hedström y R. Swedberg (eds.), *Social Mechanisms: An Analytical Approach to Social Theory*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1–31.
- Ivarola, L. 2017. Socioeconomic processes as open-ended results. Beyond invariance knowledge for interventionist purposes. *THEORIA* 32(2): 211–229.
- Lucas, R. (1976). “Econometric policy evaluation: A critique”. *Carnegie-Rochester Conference Series on Public Policy*, Vol. 1, No. 1, pp. 19-46.
- Taleb, N. (2012). *El cisne negro: el impacto de lo altamente improbable*. Buenos Aires: Paidós.
- Woodward, J. (2003). *Making Things Happen: A Theory of Causal Explanation*. Oxford: Oxford University Press.